

**Sebastián Díaz Ángel, Lucía Duque Muñoz,
Santiago Muñoz Arbeláez y Anthony Picón Rodríguez
(Eds.). *Entre Líneas. Una historia de Colombia en
mapas*. Bogotá: Ediciones Uniandes, Editorial Planeta
Colombiana-Crítica, 2023**

Entre Líneas parte de una premisa primordial: los mapas fueron herramientas fundamentales para la naturalización del Estado-nación colombiano. Desde nuestro presente, pareciera que Colombia, tal y como la conocemos, hubiera existido sin mutación desde hace más de doscientos años. Sin embargo, esto no es más que el resultado de intenciones políticas derivadas de un largo proceso de los siglos XIX y XX por crear una imagen homogénea, un geocuerpo de la nación en el que la cartografía fue parte fundamental. En oposición a una sola idea del país, *Entre Líneas* ofrece una historia que va más allá de esta concepción de nación y, más bien, como indican los autores, muestra una historia de Colombia “diversa y polifónica” (p. 15) a través del examen de diferentes mapas de los siglos XVI al XIX.

A partir de recientes fuentes sobre historia de la cartografía (como Brian Harley, Barbara Mundy, Tongchai Winichakul, entre otros), los integrantes de este proyecto buscan cuestionar los mapas como textos. Así, la metodología de *Entre Líneas* abarca tanto la interpelación de los contextos, sus autores y la audiencia a la que se dirigen, como sus intenciones y, por supuesto, sus silencios. El libro, estructurado en cuatro apartados de acuerdo con cada siglo estudiado, resalta tanto los actores que produjeron los mapas como la utilización de estos en la configuración de la nación.

Los autores utilizan distintos abordajes para explorar las diversas capas de estas cartografías. Desde la producción, circulación y recepción de las cartografías, Mauricio Nieto Olarte y Lina del Castillo muestran cómo tanto los instrumentos como las intenciones de los mapas fueron medulares a la hora de mostrar una unidad. Por medio del análisis del Padrón Real de 1520, cuando el territorio de Colombia era parte de España, Nieto hace hincapié en la importancia que el Imperio español le dio a la estandarización de la información (uso de instrumentos y adiestramientos de pilotos). Esta carta, lejos de ser una representación inocente, tuvo la intención de dar a conocer los recursos encontrados en los viajes de exploración, y ejercer un control desde la distancia. Por otro lado, del Castillo muestra cómo el Atlas de José Manuel Restrepo en 1827 buscó combatir discursos negativos sobre Colombia y Bolívar en París, en un momento en que la nación luchaba fuertemente por su reconocimiento. La producción de este Atlas incluyó información de diversos geógrafos (como Humboldt, José Lanz y Joaquín Acosta), y el porqué de su impresión en Estados Unidos y Francia. Al mostrar la ubicación de las batallas en las que se forjó la Independencia, el Atlas fungió como un archivo de la historia con unas intenciones diplomáticas claras (el reconocimiento de la nación), tanto por la información que contenía (al rescatar las intenciones del Libertador) como por su proceso de creación.

La aproximación de del Castillo nos da paso a considerar la intencionalidad de los mapas, pues, como lo señalan Katherin Mora y Constanza Castro, las cartografías pueden demostrar intereses económicos particulares y del Estado. Mora analiza el mapa *Pintura de las tierras, pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá* (1614), solicitado por Francisco Maldonado de Mendoza, quien

buscaba demostrar la poca utilidad de las tierras anegadizas de la Sabana de Bogotá y, por tanto, el precio que pagó por ellas. Al contrario de lo que Mendoza argumentaba, esta representación cartográfica muestra, según la autora, que la actividad ganadera era muy rentable en el siglo XVII, cuando, gracias a las lluvias y al territorio anegadizo, los animales podían pastar libremente y tener acceso al agua. Por otro lado, Constanza Castro muestra estos cambios económicos doscientos años después desde una perspectiva económica ya no de particulares, sino del Estado mismo. A partir de un mapa sobre los ejidos de Bogotá, la autora da a conocer cómo las presiones económicas del siglo XIX cambiaron el paisaje de la Sabana. El ascenso del liberalismo tuvo como consecuencia la privatización de las tierras que habían estado fuera del mercado para resolver la deuda pública. A pesar de que el plano analizado parecía indicar que solo había una forma de apropiación de la tierra, en realidad, otras formas de apropiación y uso coexistieron en la época, lo que dio lugar a conflictos con las personas que allí habitaban.

Pero los mapas no solo muestran el pasado y el presente, según los autores son también una proyección del futuro. Así, por ejemplo, a través del análisis de *Teatro de la guerra en América* (1710) de Pieter Mortier, Ernesto Bassi explora cómo esta cartografía del Caribe no solo hacía referencia a la Guerra de Sucesión española, sino también a las riquezas de América monopolizadas por España. Al mostrar la ruta de los galeones y la carrera de Indias, este mapa era una invitación a imaginar mecanismos para hacerse con estas riquezas. De manera similar, Sebastián Díaz analiza un Atlas de Colombia publicado por el Instituto Agustín Codazzi (1967); el mapa representaba proyectos de megarrepresas y de excavación atómica con grandes inversiones de capital extranjero que nunca se llevaron a cabo, pero que tuvieron consecuencias en las poblaciones que se ubicaban en los trazados de los megaproyectos. Ambos mapas invitan a una lectura de las cartografías no solo del pasado, sino de los posibles futuros que imaginaron sus coetáneos.

Los mapas también cuentan otro tipo de historias. En esa polifonía que los autores mencionaban como base de su trabajo, las relaciones internacionales jugaron un papel esencial en representar al territorio que, en su momento, era Colombia. Ana María Silva muestra cómo la zona caribeña de Colombia (Nuevo Reino de Granada) fue dibujada en 1696 en un islario veneciano como parte de las Antillas, y esta área geográfica era llamada “Archipiélago de México”. Según la autora, esta particular denominación se debió a un imaginario de Venecia sobre América, en particular México. La fascinación veneciana, y su familiaridad con el entorno de islas, tuvo repercusiones en la forma de presentar las islas del mar Caribe, no solo como territorialidades articuladas que sobrepasaban las jurisdicciones europeas, sino asociadas con territorios más amplios (México, en este caso). Además, en el siglo XVIII, los intereses expansionistas y la mano de obra enfrentaron no solo a los cartógrafos, sino a religiosos y comerciantes en la disputa territorial entre Portugal y España, de la que una parte del territorio neogranadino hacía parte. Este fragmento de la historia de las fronteras y los intereses expansionistas es explorada por Sebastián Gómez y Manuel Lucena en los capítulos 13 y 14, respectivamente.

Finalmente, pocas ciudades fueron tan cartografiadas como Cartagena de Indias; de acuerdo con el análisis hecho por Timothée de Saint Albin, esta ciudad tenía gran importancia económica, pues por ahí pasaba la plata de Potosí, y durante las incursiones inglesas de Francis Drake y Vernon, la ciudad costera tuvo un gran protagonismo como escenario de los discursos ingleses que legitimaban historias de dominio sobre la zona que no sucedieron (el ataque de Vernon fue repelido por Blas de Lezo).

Desde una visión contraria, Lucía Duque Muñoz, Efraín Sánchez y Nancy Appelbaum se aproximan a las representaciones nacionales y los intentos por crear un geocuerpo de la nación. Al abordar el mapa de Joaquín Acosta de 1847, Duque argumenta que este dio prioridad al trazado de límites internacionales en momentos en que las negociaciones diplomáticas con los países vecinos estaban en vilo. Por otro lado, Sánchez aborda la importancia de los mapas de la comisión corográfica (y las disputas por su creación), mientras Appelbaum hace énfasis en el rol que jugó la comisión al crear un imaginario de nación compuesta por regiones (p. 273). En lugar de una región habitada, los llanos fueron representados como una llanura vacía que debía ser privatizada y explotada económicamente.

Al analizar un mapa de Casanare (1856), Appelbaum también hace énfasis en un punto importante: quiénes representaban, quiénes eran representados y de qué forma. Así, Appelbaum muestra que el mapa refleja cómo los integrantes de la comisión dibujaron la región invisibilizando a sus habitantes, a quienes no consideraban personas racionales. Los indígenas, agrupados con las descripciones de los ríos, parecían “facetas naturales del paisaje que debían modificarse” (p. 280). Esta invisibilización va acorde con el proyecto de nación criolla que buscaba la expansión de límites a través de la nacionalización y dominación de territorios indígenas, como lo muestra Duque (p. 261).

Aunque en el siglo XIX la razón ilustrada consideraba a ciertas personas (afroamericanos e indígenas) como infantiles y sin razón, esto no significa que antes no se manipulara la imagen de los indígenas con fines políticos. Por ejemplo, Luis Miguel Córdoba Ochoa señala cómo el oidor Luis Enríquez creó una cartografía en 1608 en la que se señalaba que la campaña contra los indígenas carares había sido un éxito, cuando no fue así. Al invisibilizar los pueblos indígenas y solo mostrar los españoles, Enríquez ofreció una imagen idealizada de un territorio que, lejos de estar “pacificado”, seguía ofreciendo resistencia a la corona española. Si el Imperio español buscaba gobernar un espacio, debía entenderlo a partir de su forma particular de aproximarse a él. Por eso, actores como el cacique mestizo Diego de Torres ajustaron sus representaciones cartográficas para que concordaran con esa comprensión del mundo. Al mostrar las ciudades españolas y representar las iglesias, argumenta Santiago Muñoz, Torres adoptó una forma de representar la espacialidad para demostrar que los indígenas eran buenos cristianos y vivían bajo los preceptos cristianos.

Desde mapas muy específicos, como el del camino de Sonsón (análisis hecho por Luis Fernando González), hasta extensas áreas que visibilizan intereses geopolíticos más extensos, *Entre Líneas* es una invitación a repensar la centralidad de las cartografías en la historia de Colombia. Al discutir aspectos medulares como los intereses económicos y políticos, las proyecciones de pasados, presentes y futuros, y una diversidad de actores, el libro cumple con su cometido de mostrar las diferentes voces de la nación. Además de abordar diversas perspectivas metodológicas, *Entre Líneas* se aproxima a diferentes regiones de Colombia (el Caribe, los Andes, el Amazonas) y lugares como Quito, Popayán, Antioquia y Casanare, e incluye las formas en los que fueron representados por otros. En una próxima entrega de este proyecto, el lector también apreciaría la inclusión de otras zonas, como el Darién, Riohacha y las islas de San Andrés y Providencia, que pueden contar historias periféricas de la nación.

Entre Líneas resalta, asimismo, por su facultad de poder ser leído por un público amplio, con un lenguaje sencillo, sin demeritar la profundidad de análisis de sus autores. Aunque cada capítulo puede leerse como una obra aparte, para una siguiente edición se podría considerar incluir algunas referencias y discusiones entre capítulos que pueden hacer alusión a formas de interpretar características del mapa de manera diferente. Por ejemplo, en el capítulo de Bassi y el de Silva Campo, el

Caribe es llamado Archipiélago de México, pero la interpretación de sus autores es disímil. Ahondar en estas diferencias enriquecería aún más este extenso trabajo. Por último, en esta polifonía de la cual hablan los autores, sería recomendable no asumir la importancia de algunos lugares para el análisis, como en el caso del capítulo “Bogotá Futuro”. A pesar de esos pequeños detalles, *Entre Líneas* es un título que incita a ir más allá de la representación cartográfica y brinda formas de interpretación que seguramente serán la guía para futuras investigaciones.



María Paula Corredor Acosta

Estudiante doctoral en Historia de la Universidad Cornell (Estados Unidos). Entre sus publicaciones se encuentran: “Papeles, cartas y oficios: documentos sobre historia de la comunicación en el Nuevo Reino de Granada (1570-1579)”. *El Taller de la Historia* 13, n.º 1 (2023): 273-282; “Faros, boyas y balizas: la transformación de las ayudas a la navegación en Colombia (1876-1930)”. *Memorias: Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe*, n.º 49 (2023): 11-41. Creadora de Atlantic Seascapes Project e investigadora asociada en LEDS (Laboratorio de Estructuras y Dinámicas Sociales, Universidad Autónoma de San Luis Potosí), mpc95@cornell.edu, <http://orcid.org/0000-0002-0544-8889>